

de Adolf von Harnack (a quien escribió una carta desde Barcelona, el 13 de julio de 1928) y Karl Barth, con quien simpatizaba, por haber impulsado —en el contexto de la teología dialéctica— una vuelta de la teología luterana a la verdadera piedad religiosa. En definitiva, un intento de síntesis entre la seriedad científica de la teología liberal y la fe profundamente vivida del suizo Barth.

En este contexto se inscribe la evolución de Bonhoeffer, propiciada por su viaje a Barcelona, que impulsó su paso, desde una teología excesivamente teórica a una teología más práctica; una humanización, en definitiva, de su perspectiva teológica, al tomar contacto con los problemas cotidianos de la comunidad evangélica barcelonesa: la ignorancia de los niños, que desconocían el catecismo y se acercaban a Bonhoeffer con verdadera simpatía y con ganas de aprender; la falta de instrucción religiosa en la Escuela Alemana de Barcelona, donde no se impartían clases de religión; la actividad evangélica de su iglesia de la calle Brusi, casi reducida a la pura beneficencia, salvo el culto dominical; etc.

En las cartas se reflejan también algunos rasgos interesantes del catolicismo español, contados al hilo de sus viajes por Catalunya y España (hasta Marruecos), y con ocasión de sus recorridos en la Ciudad Condal, de sus visitas domiciliarias, de sus tardes de toros y de las conversaciones con las gentes que conoció. Es muy interesante, a este respecto, la carta de 20 de julio de 1928, escrita al Prof. Reinhold Seeberg, director de su memoria doctoral, comentándole que había entrado en contacto con algunos círculos académicos barceloneses, que eran abiertamente anticlericales, y lamentándose, además, de la falta de interés de los académicos por el intercambio de pensamiento científico.

El trato de Bonhoeffer con Luis Sánchez Sarto ha merecido un apéndice especial. Con él tuvo larga relación en Barcelona. Su hermano Manuel Sánchez Sarto fue prohombre de la Editorial Labor y profesor de la Universitat Autònoma de Barcelona (1932-1939). Se exi-

lió a México, donde enseñó en la Universidad Nacional Autónoma de allí. Luis continuó vinculado con la editorial Labor después de la guerra, al menos por un tiempo, hasta que fue depurado y pudo, por fin, vincularse a la editorial Montaner y Simón.

Libro excelente, en definitiva, que permite asomarse al alma de Bonhoeffer y conocer, a través de su pluma, la propia realidad española.

J. I. Saranyana

Yolanda CAGIGAS OCEJO, *La revista «Vida Nueva» (1967-1976). Un proyecto de renovación en tiempos de crisis*, EUNSA (Astrolabio, Historia), Pamplona 2007, 378 pp.

Yolanda Cagigas, directora del Archivo General de la Universidad de Navarra, preparó su tesis doctoral bajo la dirección del Prof. Gonzalo Redondo. El libro que ahora comento es una reelaboración de dicha tesis; una documentadísima investigación sobre la década crucial de la revista *Vida Nueva*, que tanto influyó en el clero español y latinoamericano en el inmediato postconcilio, y no sólo en el clero, sino también en muchos círculos tardofranquistas, relacionados con ambientes eclesiásticos. Para que se entienda bien la trayectoria de *Vida Nueva* en los años elegidos (1967-1976), es decir, durante el ciclo de la dirección de José Luis Martín Descalzo, la autora traza con maestría las coordenadas del período anterior, desde que la revista comenzó a existir como tal en 1958, y desbroza la trayectoria de las personas que más influyeron en su nacimiento (Rufino Aldabalde, Lamberto Echeverría, José María Javierre, Antonio Montero y algunos más).

Este libro no pretende contar la historia de la Iglesia española en ese tiempo, sino sólo el proyecto cultural propugnado por la revista. En 1960 la revista había alcanzado los sesenta mil ejemplares. Pero su tirada comenzó a caer, hasta los quince mil en 1965. En ese momento, los hombres de *Vida Nueva* decidieron jugar todas las cartas y apostaron decididamente por su proyecto cultural, sobre todo entre 1967 y 1976,

bajo la dirección de José Luis Martín Descalzo, entonces uno de los eclesiásticos más prestigiosos, tanto por sus éxitos literarios, como por su excelente hacer periodístico. La acogida del público fue favorable, con una recuperación considerable de la tirada, que superó los veintiséis mil ejemplares en 1974. A partir de ese momento volvió a declinar. Cuando Joaquín Luis Ortega y José Luis Martín Descalzo abandonaron el equipo directivo, para entregar el relevo a Bernardino M. Hernando, a principios de 1976, *Vida Nueva* cerraba un ciclo y había agotado un proyecto. Habían sido años, sin duda, de esfuerzos generosos, que merecen ser contemplados con simpatía, aun cuando no todo lo que dijo la revista pueda ser aprobado, visto ya con la perspectiva del tiempo.

El citado proyecto pretendía objetivos notables y otros atendibles y necesarios. Entre los primeros destacan tres: el celibato opcional de los clérigos, el ministerio sacerdotal *ad tempus* y la aceptación de las mujeres en el estado clerical (sin excluir la ordenación *in sacris*); entre los segundos, el abandono de la confesionalidad del Estado, la renuncia del Estado a la presentación de obispos, la renuncia de los eclesiásticos a su designación para órganos representativos del Estado y la abolición del privilegio del fuero eclesiástico. Pero el proyecto cultural-religioso no era sólo eso, sino mucho más. A los objetivos señalados se podría añadir el deseo de «desenganchar» la Iglesia del franquismo, para que la vida eclesiástica no sufriese persecución en el postfranquismo, que se consideraba ya próximo. A tenor de los abundantísimos textos aducidos por la autora, se colige, sin embargo, que a muchos colaboradores de *Vida Nueva* les faltó una seria recepción (teológica) del Vaticano II. En otros términos: que su entusiasmo reformista –admirable en tantos momentos e incluso heroico, soportando la dura censura gubernamental– no tuvo siempre el sólido contrapeso de una teología seria.

Los lectores de *Vida Nueva* fueron en su mayoría clérigos, religiosos y religiosas. Su proyecto cultural tuvo, pues, un carácter cleri-

cal muy marcado, en un contexto en que, por falta de libertades fundamentales, reprimidas éstas por las fuerzas policiales del régimen, la «resistencia» antifranquista se refugió en el interior de los templos, al no haber otro espacio de libertad, y, por ello, respiró tales aires. Sólo así se explican los encierros en iglesias, conventos (por ejemplo, la *capuchinada* de Barcelona), monasterios (Montserrat) o manifestaciones de presbíteros por las calles (entre ellas, la famosa de la vía Layetana, también en la Ciudad Condal). Sólo en el marco que acabo de recordar, se entienden muchas propuestas del programa cultural de *Vida Nueva* y su buena acogida. Por lo dicho, la monografía de la Dra. Cagigas no es sólo la historia de una revista, ni siquiera de su proyecto cultural-religioso: es también una historia de la Iglesia española en el último ciclo franquista, contada por el grupo de la revista y leída por la progresía clerical del momento.

Con sumo cuidado da noticia la autora del «problema vasco», asunto delicadísimo, puesto que en él se mezclaron justas reivindicaciones y anhelos de justicia ante las fechorías de la brigada político-social (policía), por una parte, con respuestas injustificables (como la creación de ETA), por otra. Este grupo terrorista ha sobrevivido a los cambios políticos. En 1968 dio sus primeros pasos asesinando al inspector Melitón Manzanos González, un comisario que se había ensañado con el nacionalismo vasco, ya desde los primeros cuarenta, cuando «trabajaba» en Irún. El magnicidio del almirante Luis Carrero Blanco (en diciembre de 1973) fue, con todo, el atentado más notorio del momento. La fuerte implicación de un sector del clero vasco en las protestas, que el gobierno gestionó mal, provocó tensísimos episodios de enfrentamiento con algunos obispos, que quedaron reflejados en *Vida Nueva* y son analizados por la autora.

Uno de los episodios más complejos de aquella hora, con un impacto que trascendió los círculos eclesiásticos y cuyos efectos han perdurado hasta hace bien poco, fue la asamblea conjunta de obispos-sacerdotes, celebrada en

septiembre de 1971. Intervinieron 84 obispos y 182 presbíteros. Se publicaron las ponencias y los decretos sin la preceptiva autorización vaticana. Cuando la Congregación del Clero envió a Madrid una carta, exigiendo algunas correcciones en el texto impreso, que ya había sido distribuido, estalló, a nivel nacional, un debate apasionadísimo y dramático. En medio del afer anduvo el vicepresidente (presidente en funciones) de la Conferencia Episcopal Española, que desplegó en ocasiones brillantes artes, más de político avezado que de pastor celoso. La polémica está muy bien descrita por la autora, con información de archivo no fácilmente consultable todavía. La respuesta de cuatro teólogos, arrojados sin duda por un grupo de obispos, complicó las cosas más todavía. La descoordinación entre Secretaría de Estado y la Congregación del Clero, acabó por oscurecer el asunto. La autora cuenta con mucha mesura esta historia, apoyada siempre en fuentes primarias; y manifiesta un tacto exquisito, callando, por ejemplo, los nombres de los cuatro teólogos que redactaron el «contra-voto» al dictamen de la Congregación; nombres que, por otra parte, son públicos y notorios.

Yolanda Cagigas ha dado un paso importante atreviéndose con una parte muy compleja de la historia eclesiástica española. Ha redactado una monografía de alto interés histórico, que documenta muchos temas que pasarán a los manuales, cuando se conozcan bien todos los extremos. Un excelente índice onomástico y una amplia selección bibliográfica completan el libro, que se recomienda no sólo a los profesionales de la materia, sino también a todos quienes estén interesados en el tardofranquismo y la transición política posterior.

J. I. Saranyana

Luis CANO, «*Reinaré en España*». *La mentalidad católica a la llegada de la Segunda República*, Encuentro, Madrid 2009, 365 pp.

Importante libro, fruto de una tesis doctoral, que aborda uno de los temas basilares para

entender la Segunda República y su trágico final. Como nos advierte José Andrés-Gallego en el prólogo «la razón de proponer la lectura del libro de Luis Cano es ésta: aporta un elemento de juicio importante para comprender lo ocurrido en España desde 1931. En esa multitud de libros sobre los años 1931-1939, hay muy pocos –poquísimos que aborden con solvencia el análisis de las bases de aquella hecatombe—. Los que conciernen a la *mentalidad* imperante en cada uno de los bandos y dicen algo nuevo son simplemente rarezas bibliográficas. Y hay más, pero no muchos más, sobre el enlace que había en algunos casos entre los planteamientos más cultos y esa mentalidad de la gente común. Y es a este último (y muy exiguo) grupo al que pertenece este libro» (p. 13s).

El libro está estructurado en ocho capítulos más siete apéndices. Los títulos de los capítulos son: El Sagrado Corazón en el origen de Cristo Rey; Del Palacio Real al Cerro de los Ángeles; El mensaje de Pío XI llega a España; «Cristo reina en España»: el sueño de un monarquía católica; La fiesta de Cristo Rey y sus interpretaciones; La recepción de la fiesta de Cristo Rey en España; La implantación del reinado de Cristo en España (1926-1931); España es República (1931): laicismo versus reinado de Cristo. Cierran el libro las fuentes y bibliografía y un índice alfabético. Las notas están colocadas al final de cada capítulo.

El autor introduce el libro con un capítulo de síntesis histórica sobre la génesis del culto de la realeza de Cristo y su relación con el Sagrado Corazón. Para eso no solo se remontará a Alcoque sino que hará incursiones en la doctrina corazonista en España, especialmente, en torno a la «Gran Promesa». Luego analizará el concepto del reinado social de Cristo en relación con el Apostolado de la Oración, el catolicismo social, los congresos eucarísticos y las consagraciones diversas al Sagrado Corazón. Más tarde, concretará este recorrido general en las consagraciones realizadas en España al Sagrado Corazón, que parten de la voluntad del monarca y se concretan en el Cerro de los Ángeles.